

PREFACIO

He procurado invocar en este librito de fantasmas el Espíritu de una Idea que no disguste a mis lectores consigo mismos, con los demás, con esta época del año ni conmigo. Ojalá encante sus hogares y nadie desee hacerle desaparecer.

Su fiel amigo y servidor

C. D.
Diciembre de 1843

PERSONAJES

BOB CRATCHIT, empleado de Ebenezer Scrooge.

PETER CRATCHIT, primogénito del anterior.

TIM CRATCHIT (*Tiny Tim*, el pequeño Tim), benjamín de Bob Cratchit.

SEÑOR FEZZIWIG, anciano comerciante, bondadoso y jovial.

FRED, sobrino de Scrooge.

ESPÍRITU DE LAS NAVIDADES PASADAS, fantasma que muestra las navidades pasadas.

ESPÍRITU DE LA NAVIDAD PRESENTE, fantasma de carácter amable, generoso y campechano.

ESPÍRITU DE LAS NAVIDADES FUTURAS, aparición que muestra las sombras de lo que aún no ha ocurrido.

ESPECTRO DE JACOB MARLEY, fantasma del difunto socio de Scrooge.

JOE, chatarrero y comprador de artículos robados.

EBENEZER SCROOGE, anciano avaro, socio superviviente de la empresa Marley & Scrooge.

SEÑOR TOPPER, soltero.

DICK WILKINS, aprendiz compañero de Scrooge.

BELLE, hermosa señora, antigua prometida de Scrooge.

CAROLINE, esposa de un deudor de Scrooge.

SEÑORA CRATCHIT, esposa de Bob Cratchit.

BELINDA Y MARTHA CRATCHIT, hijas de la anterior.

SEÑORA DILBER, lavandera.

FAN, hermana de Scrooge.

SEÑORA FEZZIWIG, digna compañera del señor Fezziwig.

Estrofa primera

EL ESPECTRO DE MARLEY

En primer lugar, Marley había muerto. No hay la menor duda sobre eso. El certificado de su entierro estaba firmado por el clérigo, el sacristán, el director de la funeraria y el que presidió el duelo. Lo había firmado Scrooge, y el nombre de Scrooge era válido en la Bolsa, que aceptaba cualquier documento que él hubiese decidido firmar. El pobre Marley estaba tan muerto como un clavo de puerta.

¡Un momento! No quiero decir con eso que sepa con seguridad lo que tiene de especialmente muerto un clavo de puerta. Yo me habría inclinado a considerar los clavos de ataúd el artículo de ferretería más muerto del mercado. Pero ese símil de la lengua inglesa contiene la sabiduría de nuestros antepasados y no serán mis manos impías las que lo alteren, o se hundiría el país. Así que me permitiréis repetir categóricamente que Marley estaba tan muerto como un clavo de puerta.

¿Sabía Scrooge que Marley había muerto? Por supuesto. ¿Cómo no iba a saberlo? Marley y él habían sido socios no sé cuántos años. Scrooge era su único albacea, su único administrador, su único cesionario, su heredero universal,

su único amigo y su único doliente. Y ni siquiera Scrooge se había sentido tan apenado por el triste suceso como para no ser un excelente negociante el mismo día del funeral, que celebró con una ganga indiscutible.

La mención del funeral de Marley me lleva de nuevo al punto de partida. No existe la menor duda de que Marley había muerto. Esto ha de quedar bien claro, pues, de lo contrario, la historia que voy a relatar no tendría nada de prodigioso. Si no supiéramos que el padre de Hamlet había muerto antes de empezar la obra, no habría nada extraordinario en que pasara de noche por sus murallas con viento del este para confundir la debilitada mente de su hijo, no más que en el hecho de que cualquier caballero entrado en años acudiese después de anochecer a un lugar ventoso (digamos, por ejemplo, el camposanto de la catedral de San Pablo).¹

Scrooge no había quitado el nombre de Marley del letreiro. Allí seguía años después sobre la puerta de la oficina: SCROOGE & MARLEY. Los nuevos clientes llamaban a Scrooge unas veces Scrooge y otras Marley, pero él respondía a ambos nombres, no le importaba.

¡Ay, pero qué tacaño era Scrooge! Un pobre pecador avariento que agarraba, apretaba, rascaba, exprimía, arrebatava. Duro y cortante como pedernal del que ningún eslabón sacara nunca fuego generoso; callado, reservado y solitario como una ostra. La frialdad interior le helaba las facciones, le abrasaba la nariz puntiaguda, le ajaba las mejillas, le agarrotaba el porte; le enrojecía los ojos y le amorataba

1. Alusión a la obra de William Shakespeare (1564-1616), en la que «se aparece» el espectro del rey difunto. (*N. del t.*)

los labios; y se adivinaba fácilmente en su voz áspera. Una escarcha helada le cubría la cabeza, las cejas y la barba hirsuta. Portaba su gelidez siempre consigo; helaba el despacho en la canícula y no lo deshela ni un grado en Navidad.

El calor y el frío exteriores apenas afectaban a Scrooge. Ni la calidez lo confortaba ni el tiempo invernal lo helaba. No había viento más cortante que él, nevada más pertinaz, ni aguacero más inexorable. No había mal tiempo capaz de superarle. Las nevadas y las lluvias más fuertes, el grani-zo y la cellisca sólo podían enorgullecerse de aventajar a Scrooge en un aspecto: solían «caer» copiosamente, mientras que él nunca era generoso.

Nadie paraba nunca a Scrooge por la calle para decirle con alegría: «¿Qué tal, querido Scrooge? ¿Cuándo irás a visitarme?» Los mendigos no le imploraban que les diera limosna ni los niños le preguntaban la hora, ningún hombre ni ninguna mujer le habían pedido jamás que le indicara cómo se iba a tal o cual lugar. Parecía que hasta los perros lazarillos le conocieran, pues, cuando le veían acercarse, guiaban a sus amos a portales y patios y movían la cola como si dijeran: «¡Más vale ser ciego que tener mal de ojo, mi pobre amo!»

Pero ¿qué le importaba todo eso a Scrooge? Era precisamente lo que deseaba. Abrirse paso por los atestados caminos de la vida advirtiendo a cualquier posible muestra de simpatía humana que debía guardar las distancias le parecía a Scrooge lo que los entendidos llaman «una delicia».

Un día de hace mucho tiempo (el de Nochebuena precisamente, de todos los del año), el anciano Scrooge estaba

trabajando en su oficina. Era un día frío, crudo y desapacible; y nebuloso además, y Scrooge oía a la gente que pasaba por el patio jadeando, golpeándose el pecho con las manos y pisando fuerte para calentarse los pies. Los relojes de la ciudad acababan de dar las tres, pero ya era de noche —no había habido luz en todo el día— y las velas llameaban en las ventanas de las oficinas próximas como manchas rojizas en la atmósfera oscura. La niebla se filtraba por los resquicios y los ojos de las cerraduras, tan densa que, aunque el patio era de los más angostos, los edificios de enfrente parecían meros fantasmas. Al ver la deprimente niebla cubrirlo todo, se diría que la naturaleza vivía muy cerca y estaba destilando a gran escala.

Scrooge tenía la puerta del despacho abierta para no perder de vista al empleado, que copiaba cartas en un cubículo lúgubre, una especie de celda. Scrooge tenía un fuego mísero, pero el del empleado lo era todavía más, tanto que parecía sólo una brasa. El hombre no podía echar más carbón porque el cubo estaba en el despacho de Scrooge; y si le veía entrar con la pala le diría que iba a tener que prescindir de él. Así que el empleado se puso su bufanda blanca e intentó calentarse a la lumbre de la vela; tentativa en la que fracasó, pues no era hombre de imaginación poderosa.

—¡Feliz Navidad, tío! ¡Dios te guarde! —gritó una voz alegre. Era la del sobrino de Scrooge, que entró tan deprisa que su saludo fue el primer indicio que tuvo el tío de su llegada.

—¡Bah! —dijo Scrooge—. ¡Tonterías!

El sobrino de Scrooge se había acalorado tanto caminando a buen paso en la niebla y la helada que estaba radiante;

tenía el hermoso rostro colorado; le brillaban los ojos, y se le condensaba de nuevo el aliento.

—¿La Navidad una tontería, tío? —dijo el sobrino de Scrooge—. Seguro que no lo dices en serio.

—Pues claro que lo digo en serio —dijo Scrooge—. ¡Feliz Navidad! ¿Qué derecho tienes a ser feliz? ¿Qué motivo tienes para estar contento? Eres bastante pobre.

—Bueno, entonces, ¿qué derecho tienes tú a estar triste? —repuso el sobrino alegremente—. ¿Qué motivo tienes para estar de mal humor? Eres bastante rico.

—¡Bah! —repitió Scrooge sin pensarlo. Y lo coronó repitiendo—: ¡Tonterías!

—No te enfades, tío —dijo el sobrino.

—¿Cómo quieres que no me enfade viviendo en este mundo de tontos? —replicó el tío—. ¡Feliz Navidad! ¡A paseo feliz Navidad! ¿Qué son las navidades sino la época de pagar facturas sin dinero; de encontrarse un año más viejo y ni una hora más rico; de hacer cuadrar las cuentas y comprobar que todos los asientos de los últimos doce meses son negativos? Si dependiera de mí —añadió con indignación—, cocerían en su propio budín a todos los estúpidos que andan por ahí con «feliz Navidad» en los labios y los enterrarían con una estaca de acebo en el corazón. Deberían...

—¡Tío! —suplicó el sobrino.

—¡Sobrino! —repuso el tío severamente—. Tú celebra la Navidad a tu modo y déjame celebrarla a mí al mío.

—¡Celebrarla! —repitió el sobrino de Scrooge—. Pero si tú no la celebras.

—Pues entonces déjame que no la celebre —dijo Scrooge—. ¡Y que te aproveche! ¡Siempre te ha aprovechado mucho!

—Hay muchas cosas de las que podría haberme aprovechado y no lo he hecho —repuso el sobrino—, entre ellas, la Navidad. Pero estoy seguro de que las navidades, cuando llegan (aparte de la veneración debida a su nombre y origen, si es que algo relativo a ellas puede separarse de eso) son una buena época, una época agradable, generosa, indulgente y amable; que yo sepa, la única del año en que hombres y mujeres acceden a abrir libremente sus corazones cerrados y consideran a los más humildes compañeros de viaje hacia la tumba y no criaturas de otra raza con destinos diferentes. Así que, aunque nunca me haya proporcionado una pizca de oro ni de plata, creo que me ha aprovechado y me aprovechará, tío; así que ¡bendita sea!

El empleado aplaudió en su cuchitril sin poder evitarlo, pero enseguida se dio cuenta de lo impropio de su actitud y atizó el fuego, apagando al hacerlo la última brasa.

—Si vuelvo a oírte rechistar, celebrarás la Navidad sin empleo —le dijo Scrooge; y añadió, volviéndose a su sobrino—: Eres todo un orador, señorito. Me asombra que no entres en el Parlamento.

—No te enojés, tío. ¡Anda! Come con nosotros mañana.

Scrooge le dijo que antes lo vería cond... lo dijo realmente. Completó la frase y dijo que antes lo vería en tan extrema situación.

—Pero ¿por qué? —exclamó el sobrino—. ¿Por qué?

—¿Por qué te casaste? —preguntó Scrooge.

—Porque me enamoré.

—¡Porque te enamoraste! —refunfuñó Scrooge, como si fuese lo único del mundo más absurdo que una feliz Navidad—. ¡Buenas tardes!

—Vamos, tío, pero si antes de casarme no fuiste nunca a verme. ¿Por qué alegarlo como motivo para no hacerlo ahora?

—¡Buenas tardes! —repitió Scrooge.

—No quiero nada de ti; no te pido nada; ¿por qué no podemos ser amigos?

—¡Buenas tardes! —dijo Scrooge.

—Lamento de todo corazón que sigas en tus trece. Nunca nos hemos peleado por mi culpa. Lo he intentado en honor de la Navidad y conservaré el talante navideño hasta el final. Así que ¡feliz Navidad, tío!

—¡Buenas tardes! —dijo Scrooge.

—¡Y feliz Año Nuevo!

—¡Buenas tardes! —dijo Scrooge.

El sobrino salió del despacho, pese a todo, sin una palabra irritada. Se detuvo a la puerta de la calle para manifestar sus mejores deseos navideños al empleado, que, a pesar de tener frío, era más cálido que Scrooge, pues le devolvió cordialmente la felicitación.

—Otro que tal baila —masculló Scrooge al oírle—: mi empleado, con quince chelines a la semana, mujer e hijos, hablando de feliz Navidad. Es de lunáticos.

Ese lunático, al abrir la puerta al sobrino de Scrooge, dejó pasar a dos caballeros. Dos caballeros corpulentos, de aspecto afable, que entraban un momento después en el despacho

de Scrooge quitándose el sombrero. Llevaban libros y documentos en las manos, y le saludaron con una venia.

—Scrooge y Marley, ¿verdad? —dijo uno, consultando una lista—. ¿Tengo el placer de hablar con el señor Scrooge o con el señor Marley?

—El señor Marley lleva siete años muerto —contestó Scrooge—. Precisamente esta noche hace siete años que murió.

—Seguro que su generosidad está bien representada por el socio superviviente —dijo el caballero, presentándole sus credenciales.

Tenía razón, pues Marley y Scrooge habían sido almas gemelas. Scrooge torció el gesto al oír la siniestra palabra *generosidad*, cabeceó y devolvió las credenciales al caballero.

—En Navidad, señor Scrooge —dijo el caballero, cogiendo una pluma—, es más conveniente de lo habitual que hagamos una mínima previsión para los pobres e indigentes que tanto sufren en esta época. Miles y miles carecen de lo estrictamente necesario; cientos de miles carecen de lo más elemental, señor.

—¿Acaso no hay cárceles? —preguntó Scrooge.

—Muchas —dijo el caballero, dejando de nuevo la pluma.

—¿Y los asilos de pobres? —requirió Scrooge—. ¿Siguen funcionando?

—Sí. Siguen funcionando —contestó el caballero—. Ojalá pudiera decir que no.

—Entonces, ¿están en pleno vigor la ley de pobres y la rueda de molino?² —dijo Scrooge.

2. *Treadmill* (noria o rueda de molino), empleada en las prisiones británicas de la época como «trabajo forzado», prohibida a primeros del siglo xx. (*N. del t.*)

—Ambas muy activas, señor.

—¡Ah! Por lo que dijo antes, me temía que algo hubiesen interrumpido su valiosa tarea. Me complace saberlo.

—Algunos opinamos que apenas proporcionan consuelo cristiano a la multitud, ni físico ni mental —repuso el caballero—, e intentamos recaudar un fondo para proporcionar a los pobres alimentos, bebida y medios de calentarse. Elegimos las navidades para hacerlo porque es la época del año en que se siente más profundamente la necesidad y más alegría la abundancia. ¿Cuánto le anoto?

—¡Nada! —respondió Scrooge.

—¿Desea guardar el anonimato?

—Deseo que me dejen en paz —dijo Scrooge—. Puesto que me pregunta qué deseo, caballero, ésa es mi respuesta. No me divierten las navidades y no puedo permitirme contribuir a la diversión de los holgazanes. Contribuyo al mantenimiento de las instituciones que he mencionado; son bastante costosas, y los que estén muy necesitados han de acudir a ellas.

—Muchos no pueden hacerlo; y muchos preferirían morir.

—Pues si prefieren morir, que se mueran; sería mejor para ellos y aliviaría el exceso de población —dijo Scrooge—. ³ Además, disculpe, pero yo eso no lo sé.

—Pero podría saberlo —observó el caballero.

—No es asunto mío —repuso Scrooge—. Ya tiene uno bastante con atender su negocio para meterse en los de los

3. Alusión crítica al miedo al exceso de población que existía en la Inglaterra de la época tras la publicación (1798) de *Ensayo sobre el principio de población*, del economista británico Thomas Robert Malthus (1766-1834), que defiende la necesidad de adecuar la población a los recursos disponibles. (*N. del t.*)

demás. El mío me ocupa todo el tiempo. ¡Buenas tardes, caballeros!

Los caballeros comprendieron que sería inútil insistir y se retiraron. Scrooge reanudó su trabajo más satisfecho de sí mismo y más animado de lo habitual.

Mientras tanto, la niebla y la oscuridad habían aumentado tanto que la gente acudía presurosa con antorchas encendidas a ofrecer sus servicios para guiar a los caballos corriendo delante. No se veía la antigua torre de una iglesia cuya vieja y bronca campana espiaba siempre a Scrooge por una ventana gótica del muro y daba las horas y los cuartos en las nubes con trémulas vibraciones, como si le castañearan los dientes allá arriba en la cabeza congelada. El frío se intensificó. En la esquina de la calle principal, unos obreros que reparaban las tuberías de gas habían encendido una fogata en un brasero, a cuyo alrededor se había congregado un grupo de muchachos y hombres harapientos, que se calentaban las manos y parpadeaban extasiados delante de las llamas. La toma de agua había quedado abandonada y el líquido que salía se convertía en misántropo hielo al congelarse. El brillo de las tiendas, en las que las ramas y bayas de acebo crujían al calor de las lámparas de los escaparates, enrojecía los pálidos rostros de los transeúntes. Las tiendas de volatería y de comestibles se convirtieron en una espléndida diversión: un espectáculo tan maravilloso que resultaba casi imposible creer que principios tan burdos como comprar y vender tuviesen algo que ver con él. En la fortaleza de Mansion House, la imponente residencia oficial del alcalde, él daba órdenes a sus cincuenta cocineros y mayordomos

para celebrar la Navidad como correspondía a su rango; e incluso el sastrecillo al que había multado con cinco chelines el lunes anterior por borrachera y violencia callejera, revolvía el budín navideño en su buhardilla mientras su flaca mujer y su hijito salían a comprar la carne de vaca.

¡Más niebla y más frío! Frío intenso y cortante. Si el buen san Dunstano hubiese pellizcado la nariz del Maligno con un poco de aquel frío en vez de emplear sus armas habituales, seguro que habría rugido portentosamente.⁴ El propietario de una joven nariz minúscula, mordida y roída por el frío voraz como los huesos por los perros, se agachó hacia el ojo de la cerradura de la puerta de Scrooge para obsequiarle con un villancico; pero, al primer sonido de

¡Dios te guarde feliz, caballero!

¡Que nada te disguste!

Scrooge agarró la regla con ademán tan resuelto que el cantor huyó despavorido, dejando el ojo de la cerradura a la niebla y a la escarcha, aún más adecuada.

Al fin llegó la hora de cerrar la oficina. Scrooge se apeó del taburete de mala gana admitiendo tácitamente el hecho, con lo que el empleado apagó la vela al momento y se puso el sombrero.

—Supongo que querrás mañana el día libre, ¿verdad?
—dijo Scrooge.

4. Alusión a la leyenda de san Dunstano (924-988), que Charles Dickens relata en su *Historia de Inglaterra para niños*; al parecer, el santo apretó con unas tenazas de herrero al rojo la nariz de un espíritu maligno que pretendía tentarle. (*N. del t.*)

—Si no es inconveniente, señor...

—Pues claro que es inconveniente —dijo Scrooge—, e injusto. Seguro que te parecería un abuso que te descontara media corona por ello.

El empleado esbozó una leve sonrisa.

—Pero no te parece un abuso que te pague el salario de un día sin trabajar, ¿verdad?

El empleado comentó que sólo era una vez al año.

—Pobre excusa para esquilmar a alguien cada veinticinco de diciembre —dijo Scrooge, abotonándose el abrigo hasta la barbilla—. Pero supongo que tendrás que contar con todo el día libre. ¡Quiero verte aquí a primera hora pasado mañana!

El empleado prometió que allí estaría, y Scrooge se marchó refunfuñando. La oficina quedó cerrada en un santiamén, y el empleado, con las puntas de su larga bufanda blanca colgando por debajo de la cintura (pues no tenía abrigo), para celebrar que era Nochebuena bajó veinte veces por un resbaladero haciendo cola con los niños, y luego corrió a toda prisa a su casa de Candem Town para jugar a la gallina ciega.

Scrooge tomó su melancólica cena en la melancólica taberna habitual; y, después de leer todos los periódicos y entretenerse el resto de la velada con su libreta bancaria, se fue a casa a dormir. La vivienda de Scrooge había pertenecido en tiempos a su difunto socio. Era un piso sombrío de un edificio lúgubre escondido al fondo de un patio, donde encajaba tan mal que resultaba inevitable imaginar que había corrido allí jugando al escondite con otros edifi-

cios cuando era nuevo y había olvidado luego por donde se salía. Era bastante viejo ya, y bastante lóbrego, pues todas las plantas menos la de Scrooge eran oficinas alquiladas. El patio estaba tan oscuro que hasta Scrooge, que conocía sus piedras palmo a palmo, tenía que abrirse paso a tientas. La niebla y la escarcha cubrían el viejo portalón negro, que parecía el Genio del Tiempo sentado en el umbral meditando tristemente.

Pues bien, es un hecho que la aldaba de la puerta no tenía nada de particular, excepto que era muy grande. También es un hecho que Scrooge la había visto por la mañana y por la noche todos los días desde que vivía allí; y también que Scrooge poseía tan poco de lo que llamamos imaginación como cualquier individuo de la ciudad de Londres, incluidos (y es mucho decir) la corporación municipal, los regidores y el gremio. Recuérdese que Scrooge no había dedicado un solo pensamiento a Marley desde que mencionara aquella tarde por última vez a su socio fallecido hacía siete años. Así que ya me explicará alguien, si puede, cómo es posible que al meter la llave en la cerradura de la puerta, y sin que mediara ningún cambio, no viera en la aldaba una aldaba sino el rostro de Marley.

El rostro de Marley. No estaba sumido en la misma oscuridad impenetrable que los demás objetos del patio, sino que brillaba con una luz lúgubre como una langosta podrida en una bodega oscura. Y no parecía enfadado ni amenazador, sino que miraba a Scrooge como solía hacerlo Marley: con unas gafas espectrales alzadas sobre la frente espectral. Tenía el pelo extrañamente revuelto, como por

vaho o por aire caliente; y los ojos muy abiertos, pero completamente inmóviles. Eso y su lividez le daban una apariencia horrible; pero ese horror parecía ser, pese al rostro y sin intención suya, sólo parte de su expresión.

Scrooge observó detenidamente el fenómeno y vio de nuevo una aldaba.

Sería falso decir que no se sobresaltó o que su ánimo no experimentó una terrible sensación a la que había sido ajeno desde la infancia. Pero posó la mano en la llave que había soltado, la giró con resolución, entró y encendió la vela.

Esperó vacilante un momento antes de cerrar la puerta; y miró con cautela primero detrás de ella, como si esperase ver aterrado la coleta de Marley asomando en el vestíbulo. Pero no había nada en la parte posterior de la puerta, excepto los tornillos y tuercas que sujetaban la aldaba. Así que exclamó «¡Bah! ¡Bah!» y cerró de golpe.

El portazo retumbó como un trueno en toda la casa. Parecía que todas las habitaciones de arriba y todos los toneles de las bodegas del vinatero de abajo tuvieran un tono de ecos propio y diferente. No era Scrooge hombre al que asustaran los ecos. Echó el cerrojo, cruzó el vestíbulo y subió las escaleras despacio, despabilando la vela al mismo tiempo.

Puede decirse sin mucha precisión que por un tramo de una buena escalera de las antiguas podría pasar un coche de seis caballos e incluso por los huecos de una de esas nuevas leyes mal formuladas del Parlamento, pero lo que yo quiero decir es que por aquella escalera podía subir una carroza fúnebre con el balancín hacia la pared y la puerta hacia la

